

# Juárez:

visiones desde el presente



Jorge F. Hernández  
Silvestre Villegas Revueltas  
Ignacio Padilla  
Adriana Gutiérrez Hernández  
José Antonio González de León

**f,l,m.**

FUNDACIÓN PARA LAS  
LETRAS MEXICANAS



UNIVERSIDAD NACIONAL  
AUTÓNOMA DE MÉXICO

**Juárez:  
visiones desde el presente**



Consejo Consultivo para el Bicentenario  
del Presidente Juárez

Coordinación de Difusión Cultural  
Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial  
Fundación para las Letras Mexicanas

# Juárez: visiones desde el presente

Jorge F. Hernández  
Silvestre Villegas Revueltas  
Ignacio Padilla  
Adriana Gutiérrez Hernández  
José Antonio González de León

**f.l.m.**

FUNDACIÓN PARA LAS LETRAS  
MEXICANAS



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA  
DE MÉXICO

2008

Juárez : visiones desde el presente / Jorge F. Hernández ...  
[et al.]. -- México : UNAM, Dirección General de  
Publicaciones y Fomento Editorial : Fundación para las  
Letras Mexicanas, 2008.  
140 p. ; 21 cm.  
ISBN 978-32-2880-5

1. Juárez, Benito, 1806-1872. 2. México – Historia, 1821-1861.  
I. Hernández, Jorge F. II. Universidad Nacional Autónoma  
de México. Dirección General de Publicaciones y Fomento  
Editorial. III. Fundación para las Letras Mexicanas.

923.172-scdd20

Biblioteca Nacional de México

Primera edición: 2008

D.R. © UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
Ciudad Universitaria, 04510, México, D. F.  
Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial  
Av. del IMAN núm. 5, 04510, México, D. F.  
[www.libros.unam.mx](http://www.libros.unam.mx)

D.R. © FUNDACIÓN PARA LAS LETRAS MEXICANAS, A. C.  
Liverpool 16, col. Juárez, 06606, México, D. F.  
[www.fundacionletrasmexicanas.org](http://www.fundacionletrasmexicanas.org)

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio  
sin autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

ISBN 978-970-32-2880-5

Impreso y hecho en México/Printed in Mexico

## CONTENIDO

Presentación. . . . .	9
Conciencia de México <i>Jorge F. Hernández</i> . . . . .	13
Juárez y su México <i>Silvestre Villegas Revueltas.</i> . . . . .	35
Lo que el viento a Juárez <i>Ignacio Padilla</i> . . . . .	65
Juárez, las relaciones diplomáticas con España y los españoles en México <i>Adriana Gutiérrez Hernández.</i> . . . . .	75
Juárez: genealogía de un mito <i>José Antonio González de León</i> . . . . .	121



## PRESENTACIÓN

El bicentenario del natalicio de Benito Juárez —sólo él entre los héroes de nuestro panteón nacional tuvo natalicio y no nacimiento— nos ha dado la ocasión para reexaminar su legado y revalorar la dimensión del personaje. Existen figuras cuya presencia en nuestra cotidianidad nos es de tal suerte familiar que resulta oportuno, de cuando en cuando, detenernos en el camino para replantear lo que pensamos de ellos y evocar lo que continúan representando. Es el caso de Napoleón, Martí y Lincoln en la historia, Cervantes o Shakespeare en las letras, Beethoven en la música. Por muy familiarizados que estemos con su obra, siempre habrá nuevos enfoques, datos inéditos o percepciones en torno a su legado que sólo el transcurso del tiempo sugiere.

Aunque la figura de Juárez sea una de las más polémicas de nuestra historia, existe consenso, sólo roto por grupos ultraconservadores, en el sentido de que a él debemos los conceptos y las instituciones que constituyen el basamento del México moderno. Juárez estableció los cimientos de nuestra modernidad.



Hay al menos otra razón por la cual Juárez ha regresado al centro de nuestra actualidad: uno de los ejes centrales de la actuación pública del presidente indio fue la implantación de un Estado laico, después de tres siglos durante los cuales la Corona española y la Iglesia católica monopolizaron el poder. La lucha que culminó con el establecimiento de la Constitución de 1857 y las Leyes de Reforma constituyen el más notorio legado de Juárez, aunque hubo otros acaso no menos importantes: la visión necesaria para la construcción del Estado, la defensa de la nación, la consolidación de la vida republicana, la instauración de un sistema legal que abarcara a toda la sociedad, el ejemplo en el ejercicio austero, perseverante y entregado de la función pública y la lucha contra los ejércitos extranjeros. El laicismo o la laicidad, sin embargo, es la primera asociación que el nombre de Juárez suscita. La visión y la conducta política de Juárez mantienen su vigencia frente a quienes desearían borrar las fronteras entre la esfera pública y la privada; frente a quienes abogan hoy por reestablecer prácticas e influencias que un Estado genuinamente laico no permite. Por ello, y por otras muchas razones, Juárez y todo lo que él representa están de nuevo en el corazón de la agenda nacional.

La mayoría de nuestros historiadores y politólogos y un buen número de hombres de letras han abordado la figura de Juárez desde finales del siglo XIX. Sus opiniones son bien conocidas. Pero, ¿qué piensan las generaciones comparativamente jóvenes? Como parte de la revisión histórica que suscitó el bicentenario juarista, el Consejo Consultivo para el Bicentenario del Presidente Juárez, presidido por el Dr.

Juan Ramón de la Fuente, y la Fundación para las Letras Mexicanas decidieron invitar a un grupo de escritores e historiadores contemporáneos, quienes no habían divulgado con anterioridad sus opiniones en torno a este tema, para que expusieran su visión del personaje desde la perspectiva de los albores del siglo XXI. Algunos no pudieron enviar sus textos dada su apretada agenda. Otros nos hicieron llegar los materiales que ofrecemos en este volumen.

*Miguel Limón Rojas*  
Presidente  
Fundación  
para las Letras Mexicanas

*Héctor Vasconcelos*  
Secretario Ejecutivo  
Consejo Consultivo para el  
Bicentenario del Presidente Juárez



## CONCIENCIA DE MÉXICO

JORGE F. HERNÁNDEZ

Aunque parezca descabellado, suene atrevido o sea metáfora cuestionable, la figura de Benito Juárez ha quedado impregnada en algún rincón del hipotálamo de todos los mexicanos como una representación de la conciencia nacional. Basta que uno defienda la soberanía nacional en cualquier tertulia de sobremesa para que aparezca en la imaginación la figura morena de Juárez, corbata y levita intactas; basta que alguien atente contra el llamado Estado de derecho o que los noticiarios sigan informando puntualmente sobre las constantes violaciones a la legalidad o los constantes abusos de los poderosos que creen siempre tener la razón para que uno evoque alguna epopeya incólume del más célebre abogado que haya ocupado la Presidencia de la República. Pocos podrían negar que ante la nociva persistencia que practican muchos mexicanos al utilizar la palabra *indio* como sinónimo de insulto, se filtra como una neblina invisible, como conciencia callada de culpa instantánea ante el monumento de bronce que llevamos todos en la mente: el joven pastorcito oaxaqueño, indio zapoteca

puro, que modernizó a México antes de que este país cumpliera sus primeros 50 años de vida independiente.

Desconozco la vasta geografía de la conciencia, y menos aún la detallada topografía de eso que llaman identidad nacional, pero supongo que ambos mapas contienen anchos valles de principios inalienables, códigos y normas heredados por generaciones de ancestros, bosques enteros de ejemplos cívicos, largos sembradíos de citas célebres en flor, hazañas heroicas y una combinación infinita de legados, próceres y circunstancias que nos dieron patria. Añadiría mi maestro Luis González y González que en algún rincón del alma personal quedan también enraizados parajes y querencias, emociones y sabores íntimos y todo lo que nos es entrañable para completar la fórmula con eso que él llamaba patria. Sin embargo, creo comprobable que la conciencia —aun la más tranquila de todas— se trastoca con filiações y acomodados más propensos a la imaginación que fieles a la memoria. Hablo de verdades a medias o asimilación de algunas mentiras y hablo de la tergiversación de lo inverificable en abono de enmiendas improvisadas o propósitos endebles. En ese sentido, si aceptamos que Benito Juárez es el hombre que encarna la conciencia de México debemos iniciar el trazo de su semblante —a 200 años de su natalicio— con el reconocimiento honesto de que creyendo conocerlo de memoria lo desconocemos en la práctica; damos por hecha su biografía sin verdadera necesidad de leerla, o más aún, seguirla escribiendo.

Reproduzco en los cuatro párrafos siguientes la biografía de Benito Juárez que me aprendí a su debido tiempo y que escribí hace diez años con un claro afán de promover

la vida y obra del Benemérito entre nuevas generaciones de lectores.

Su nombre completo fue Benito Pablo Juárez García y nació en San Pablo Guelatao, Oaxaca, el 21 de marzo de 1806. Fue hijo de indios zapotecas agricultores que perdió a temprana edad y sí, efectivamente, cuidó rebaños de ovejas muy probablemente acompañado tan sólo por una flauta de carrizo. Juárez aprendió a hablar español a los 13 años de edad, cuando se trasladó a la ciudad capital de Oaxaca. Se matriculó en el Seminario de la Santa Cruz, donde estudió latín, filosofía y concluyó el bachillerato en 1827. Seis años después se recibió de abogado en el Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca, siendo el primer egresado de tal laico santuario de la educación. En 1831, ya siendo abogado titulado, fue regidor del ayuntamiento de Oaxaca y en 1833 fue electo diputado local.

Contrajo matrimonio en 1843 con Margarita Maza y en 1848 ocupó la gubernatura del estado de Oaxaca. Concluyó su mandato en 1852, Juárez y otros liberales son desterrados por el general Antonio López de Santa Anna. Luego de un periodo de confinamiento en San Juan de Ulúa, Veracruz, es enviado a La Habana, Cuba, y de allí pasa a Nueva Orleans, Lousiana, a donde llega en 1853. Se unió al levantamiento de Juan Álvarez en contra de Santa Anna y, posteriormente, es nombrado ministro de Justicia en el gabinete del propio Álvarez, ya presidente de México.

Benito Juárez regresó a la gubernatura de Oaxaca en 1856 y, al expedirse la Constitución federal de 1857, es nombrado ministro de Gobernación hasta diciembre de ese año en que es electo presidente de la Suprema Corte de

Justicia. Al proclamarse el Plan de Tacubaya contra el presidente Comonfort, Juárez es perseguido y en Guanajuato asume la Presidencia de la República por ministerio de ley.

Durante su primer periodo presidencial Juárez promulgó las llamadas Leyes de Reforma, que establecieron la separación de la Iglesia y el Estado, la reglamentación del matrimonio y los registros civiles, así como el traspaso de los bienes eclesiásticos a la nación. Luego de haber sido reelecto presidente en 1862, se inicia la intervención francesa en suelo mexicano, lo que obligó al presidente Juárez y a su gabinete a recorrer diversas ciudades de la República sin poder asentar su gobierno, aunque llevaba literalmente a cuestas la memoria de México, pues viajaba el Archivo General de la Nación en un carruaje anexo al que ocupaba Juárez. En 1867, luego de una larga y dolorosa guerra, el efímero emperador de México impuesto por Francia, Maximiliano de Habsburgo, es fusilado en el Cerro de las Campanas de la ciudad de Querétaro y, con su reelección en diciembre de ese año, Juárez proclama la restauración del orden republicano en el país. Durante los siguientes cinco años, Juárez resiste diversos levantamientos políticos y rebeliones militares en su contra hasta el 18 de julio de 1872 en que muere, repentinamente, en Palacio Nacional de la ciudad de México.

Con el sincero deseo de equivocarme, dudo que la mayoría de los mexicanos de mi generación —o bien, los que ostentamos algún grado de estudios con menos de 45 años de edad— tengamos un retrato más o menos fiel de Juárez a partir de su biografía condensada y, por ende,

percibo que tenemos bien afincada una cierta conciencia de México, que incluye eso que llamamos identidad nacional, pero con referentes muy frágiles. Es decir que, allende nuestras fronteras y lejos de México, o bien en los momentos cruciales en los que la patria parece exclamar o demandar de pronto nuestra más íntima atención, evocamos con orgullosa confianza la figura del Benemérito, pero sin mucho conocimiento de su obra o idea de su trascendencia y sí con una suerte de nostalgia sentimental que aplicamos por igual a otros iconos culturales, o incluso gastronómicos, que llevamos bajo la piel.

Quienes fueron niños enrolados en primarias públicas de finales de la década de los años sesenta o primeros de los setenta del siglo XX no podrán olvidar, a ritmo de marcha y melodía heredada de los maestros agraristas de anteriores generaciones, aquello de “Benito Juárez, ¡oh, indio oaxaqueño! / que nos legaste una gran Constitución / y que la Patria, luchando con empeño / la liberaste del Pequeño Napoleón...” Figura monumental de Juárez grabada a cincel y paso redoblado quedaba en la memoria entonces infantil, y más si contrastamos ahora en el recuerdo adulto el monumental despliegue de afanes que ejecutó el Estado mexicano durante el Año de Juárez que vivimos en las escuelas de entonces, con viñeta diaria dedicada al Benemérito, telenovela de capítulo diario y mucha propaganda, discursos y parafernalia juarista por todos lados. De memoria, van los versos de “Bajo tu puño cayó Maximiliano / y el mundo entero te tuvo que admirar / Benito Juárez, el pueblo mexicano / eternamente te habrá de recordar” y veo entonces en el rostro de la mujer que ahora cumple poco



más de 40 años la misma carita infantil que cantaba a voz en cuello, marcando el paso en su lugar en medio del patio escolar, y se escucha nítidamente lo de “Juárez, tu México canta / la eterna gloria que supiste conquistar / Juárez, tu raza levanta / un monumento que te habrá de perpetuar” y veo a la mujer con dos hijos en el umbral de la adolescencia, que quizá desconocen con risa nerviosa —o terriblemente moderna o ¿será globalizada?— cuando escuchan los últimos versos que cierran: “Eres eterna memoria / porque supiste construir un gran ideal / Juárez, serás en la historia / Benemérito de América Inmortal”.

Efectivamente, a 200 años del natalicio de Benito Juárez y a poco más de 30 años de la fastuosa conmemoración del centenario de su muerte, que se vivió en cívico jolgorio de tintes muy populistas y en tonos de color rosa mexicano por doquier, parecería que ahora evocamos a la conciencia de México, recordamos a Benito Juárez, en un tono de mayor sobriedad republicana, aunque me temo que en medio de muchas y muy enrevesadas confusiones. Con dolor no exento de sincera preocupación escribo estos párrafos al tiempo en que el estado de Oaxaca —y en particular su otrora impecablemente bella ciudad del mismo nombre—, cuna y querencia del propio Juárez, vive uno de los más prolongados y difíciles conflictos de su historia. Efectivamente, en las noticias de todos los días se ha visto de nuevo la figura del abogado Juárez, levita y moño negro intactos, peinado de raya y serio como toda conciencia, pero menos que las efigies de los más bizarros, caducos y descalificados ideólogos de la humanidad. ¿Quién podrá explicar la inconciencia y sinrazón de alinear en manta el

retrato de Juárez al lado de Marx o Engels? ¿Cuál será la irracional explicación que justifique que don Benito aparezca pintado, ya supuestamente entrados en el siglo XXI, entre el Che Guevara y Vladimir Ilich Lenin?

Grandes confusiones padecemos quienes confirmamos que ahora, quizá más que nunca, son muchos los mexicanos que citan de memoria que “Entre los individuos como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz” y no sabríamos cómo responder a quien nos informara que esa frase es en realidad del escritor francés Benjamín Constant, de quien Juárez fue devoto lector; y grandes confusiones padecemos muchos mexicanos en cuanto agregamos a los escasos párrafos que nos sabemos de la biografía de Juárez la desconocida retahíla de argumentos netamente liberales que rodeaban en realidad a la figura de Maximiliano, aún más desconocida que la de Juárez. Nada menos que desconcertante será saber que a Juárez le gustaba bailar y que, según algunos de sus biógrafos, leía en francés con fluidez o saber que don Benito se carteaba en tono de sincera amistad con Abraham Lincoln y que, toda proporción guardada, sería un vocero entusiasta del Tratado de Libre Comercio de América del Norte que ya lleva una década en vuelo entre Canadá, Estados Unidos y México, aunque de contar con la voluntad de Juárez sin duda funcionaría en términos más provechosos para México y su economía.

Algunos que aprovechan toda ocasión para engañosamente citar las palabras de Benito Juárez en pro de un propósito electorero o en abono de un discurso que justificase cualquier tipo de abuso o imposición se sorprenderían

al leer, por ejemplo, un fragmento de la carta que le dirige don Benito al ministro inglés George Mathew el 22 de septiembre de 1860, desde Veracruz, donde dice:

Los que sostenemos el orden legal no hemos ascendido al poder por los medios reprobables de la intriga ni de los motines militares. Fuimos llamados por el voto libre y espontáneo de la mayoría de la nación. Es nuestro objeto cumplir y hacer cumplir la ley y hacer efectivas las garantías que tiene el hombre para pensar, hablar, escribir, adorar a Dios según su conciencia y ejercer sus demás facultades, sin otro límite ni valladar que el derecho de otro hombre. Deseamos que la ilustración, las ciencias, las artes y el amor al trabajo que otros países poseen en alto grado, se aclimaten en nuestro país y damos hospitalidad al extranjero sin preguntarle quién es, de dónde viene, qué religión profesa ni cuál es su origen.

Usted que ha sido testigo de los sucesos de México en los últimos tres años, convendrá conmigo en que la facción que hoy domina en esa capital debe su elevación al motín militar de Tacubaya, a la rebelión contra la ley que juró acatar y sostener. Desde el momento de su traición, ya no reconoció más ley que su voluntad caprichosa y por eso no ha podido imponerla a la nación, a pesar de sus desesperados esfuerzos; por eso en el corto período de dos años y medio ha arrojado del poder, de una manera vergonzosa, a dos de sus llamados gobernantes y seguirá arrojando a los demás, porque una vez que la voluntad voluble del hombre se sustituye a la ley, ya no hay más que anarquía o despotismo o las dos cosas juntas; por eso, en fin, ha ido perdiendo día a día y palmo a palmo el terreno que había conquistado con la fuerza de las armas;

ni siquiera ha tenido la habilidad de algunos déspotas benéficos, halagando los intereses de la comunidad.

Muchos mexicanos se sorprenderían al leer lo que ha resumido con lucidez José Manuel Villalpando: “En cuanto obtuvo su título de abogado, Benito Juárez dejó de ser indio para convertirse en ciudadano mexicano”. Con eso podríamos iniciar el desengaño ante quienes creen, con necedad, que el trato hacia y con los pueblos indígenas de México consiste no en su incorporación democrática en el amplio concierto, polifacético y multicultural de México, sino en una suerte de reservación en donde se mantengan intactos... ignorantes y aislados como en vitrina antropológica.

En otro acertado párrafo que firma Villalpando, no pocos mexicanos caemos en la cuenta cabal de que Juárez, ya ciudadano mexicano, vivió una carrera en constante ascenso, pues de juez pasó a diputado, de allí a magistrado, luego secretario de gobierno, pasó a ser gobernador de su estado, posteriormente ministro de Justicia y, de allí, presidente de la Suprema Corte de la Nación. Luego, simplemente, por ministerio de ley, tomó en sus manos la Presidencia de la República que su legítimo titular abandonó, y no la soltó jamás. Catorce años y seis meses ininterrumpidos. Con esto se nos aclara, por lo menos, la letra de un danzón que ya nos sabíamos de memoria, “porque si Juárez no hubiera muerto... todavía viviría”, y entonces más que una perogrullada que podría bailarse sobre la superficie de un esbelto ladrillo, tendríamos que reflexionar en la posibilidad de considerar que el Benemérito hasta ahora immaculado como conciencia nacional tuvo en realidad ferviente propensión

a perpetuarse en el poder. Descubrimos entonces, entre amnesia e ignorancia de conciencia, que el lema de “Sufragio Efectivo, No-Reelección” que nos hemos aprendido como cosido a la efigie de Francisco I. Madero fue inicialmente esgrimido nada menos que por Porfirio Díaz y en contra de nuestro Benito Juárez. La madeja se enreda: Díaz que se convertiría en Don Perpetuo, cuya lengua dictadura se tambalea con el apostolado de Madero, bajo el mismo lema y argumentación que él mismo había esgrimido contra Juárez, y Porfirio Díaz, el vetusto presidente eterno que inaugura él mismo el fastuoso Hemiciclo a Juárez, monumental semicírculo de mármol en plena Alameda Central de la ciudad de México, pues —como afirmó en sus propias palabras el mismo día de la develación— “el pueblo necesita de héroes”.

Me pregunto entonces si Benito Juárez, conciencia de México, no ha sido adoptado, adaptado, interpretado o traducido de diversas maneras, según circunstancias ajenas a su legado y de acuerdo con propósitos o propuestas alejadas de su ideario. Así como resulta curioso saber que un italiano de finales del siglo XIX decidió bautizar a su hijo con el nombre de Benito, en honor de nuestro Benemérito (lo cual confirma la trascendencia internacional de la leyenda del oaxaqueño), así también resulta igual de curioso saber que el italiano se apellidaba Mussolini; ahora bien, aunque ese azar no explica de ninguna manera el oprobioso fascismo que encabezara el Benito que llegó a dictador de Italia, aliado de Hitler y demás horrores, algo similar o igual de inexplicablemente azaroso me produce la contemplación del horrendo monumento llamado “Cabeza de

Juárez” que algún artista de mal gusto sembró en Ciudad Nezahualcóyotl, ya parte de la ciudad de México, y que algún funcionario público —sin duda con negras intenciones— autorizó como monumento en honor de Benito Juárez sin considerar que le hacía un chico favor. Es decir que si bien uno nunca sabe hasta dónde podrá llegar la confusión en torno a los próceres, tratándose de quien encarna a la conciencia nacional se complican las confusiones ya no sólo de todo aquello que nos da patria o identidad, sino de las condiciones mismas de una convivencia sana. Hablo de que uno se puede acostumbrar a que el apellido de Juárez sea uno de los toponímicos más socorridos del país y quizá el nombre más usado para calles, callejones y avenidas de todas las ciudades de México, pero la alusión se enreda en la mente cuando tenemos que asimilar que el mercado de verduras lleva el nombre de Juárez, así como la cancha de fútbol del barrio, la biblioteca que nadie frecuenta y un taller automotriz.

En realidad, hablo de confusiones y amnesias más nocivas. Resulta contradictorio que habiendo signado como herencia liberal la separación Iglesia y Estado, todos los mexicanos de mi generación hayamos tenido que intentar comprender la bizarra escena —televisada en vivo y por cadena nacional— en donde un presidente de la República anunciaba la reforma constitucional que concedía al clero volver a vestirse con sotanas por las calles y volver a gozar de ciertos fueros, precisamente con un óleo inmenso que retrataba a Benito Juárez a las espaldas del dignatario. Para mayor confusión, ahora en el bicentenario de su nacimiento, hemos presenciado la creciente injerencia de la Iglesia

en asuntos no sólo de gobierno, sino en opiniones en torno a las políticas del Estado, e incluso hemos sido testigos de un mandatario con crucifijo en las manos al tiempo en que proclama sentencias republicanas o legados de un supuesto laicismo juarista. Digo que se confunde la conciencia.

Creo poder afirmar que para la mayoría de los mexicanos de mi generación se nos confunde la conciencia, o por lo menos la figura histórica de Benito Juárez y su legado, al asumir día con día que sigue aún pendiente el impostergable imperio de la educación que tanto fervor proyectaba el propio Benemérito en sus proclamas y programas. Decía Juárez: “Libre, y para mí sagrado, es el derecho de pensar. La educación es fundamental para la felicidad social; es el principio en el que descansan la libertad y el engrandecimiento de los pueblos” y qué podría decir ahora ante la rara dicotomía de que contamos orgullosamente con que la UNAM es una de las mejores universidades del mundo, mientras que la propia secretaria de Educación Pública reconoce los reprobados niveles en que se encuentran no sólo los miles de niños que sobreviven en su sistema escolar, sino los muchos miles de niños que siguen sin acceso de ningún tipo a las posibilidades de la educación. Ni imaginar lo que podría pensar don Benito de intentar entender que, en la raíz misma del conflicto que azota actualmente a su natal Oaxaca, se halla un enredo magisterial, no exento de faltas de ortografía y los peores tintes ideológicos posibles.

Se confunde la conciencia si leemos aquella frase de Juárez que dice: “Nada de contempORIZACIONES con los hombres viciados y con los que se han acostumbrado a

hacer su voluntad como moros sin señor”, inmediatamente después de volver a leer en el periódico o incluso presenciar en persona un día más de tropelías e impunidades, imposiciones y abusos de quienes creen hacerse eco de clamores supuestamente populares. Pero, al mismo tiempo, reconocamos que se fortalecen empeños y se justifica cualquier empeño de responsabilidad con tan sólo evocar las siguientes palabras de Benito Juárez:

Siempre he procurado hacer cuanto ha estado en mi mano para defender y sostener nuestras instituciones. He demostrado en mi vida pública que sirvo lealmente a mi patria y que amo la libertad. Ha sido mi único fin proponeros lo que creo mejor para vuestros más caros intereses, que son afianzar la paz en el porvenir y consolidar nuestras instituciones.

Incluso, parece llegarnos como un bálsamo para la conciencia evocar a Juárez cuando sentencia:

No se puede gobernar a base de impulsos de una voluntad caprichosa, sino con sujeción a las leyes. No se pueden improvisar fortunas, ni entregarse al ocio y a la disipación, sino consagrarse asiduamente al trabajo, disponiéndose a vivir, en la honrada medianía que proporciona la retribución que la ley les señala.

Quizá sea entonces, y de manera precisa, esa “honrada medianía” la que mejor guíe la digestión o asimilación que precisa nuestra conciencia de México, o nuestro recuerdo de Juárez llevado a la práctica. Que cada quien haga lo que



tiene que hacer, que nadie impida el quehacer de los demás, que todos demanden lo que por justicia les corresponde y que nadie asuma derechos de recibir o entregar lo ajeno. En ese sentido, mucho bien nos haría para estos días leer, en o ante Oaxaca, las propias palabras que escribiera Benito Juárez en 1848:

En agosto del mismo año llegué a Oaxaca. Los liberales, aun-  
que perseguidos, trabajaban con actividad para restablecer el  
orden legal, y como para ello los autorizaba la ley, pues exis-  
tía un decreto que expidió el Congreso general, a moción mía  
y de mis demás compañeros de la diputación de Oaxaca,  
reprobando el motín verificado en este estado y desconocien-  
do a las autoridades establecidas por los revoltosos, no vacilé  
en ayudar del modo que me fue posible a los que trabajaban  
por el cumplimiento de la ley, que ha sido siempre mi espada  
y mi escudo.

No se malinterprete la cita, pues no con evocar ese párrafo  
quiero denostar los justos reclamos que demandan los que  
han tomado las calles de hoy, sino al contrario, quizá sirvan  
esas palabras de hace más de cien años para precisamente  
subrayar la ineptitud y falta de gobernabilidad de los mismos  
gobernantes, sin excluir la responsabilidad correspondien-  
te a los gobernados. Baste agregar que las palabras citadas  
antecedan la explicación que escribió el propio Juárez en  
torno a su interinato como gobernador y así encontrar la  
solución al problema de aquel entonces.

Bien ha escrito Enrique Florescano que “la Constitución  
de 1857 y las reformas de Juárez proponían como principios

inalienables de la nación la integridad del territorio, la soberanía del Estado y los derechos individuales” y, para evitar confusiones de conciencia entre los mexicanos de hoy, habría que añadir un luminoso párrafo de Luis González y González:

La década de México comprendida entre los años de 1867 y 1876 contó con un equipo de civilizadores y patriotas pequeño pero extremadamente grande por su entusiasmo y su inteligencia; con un programa de acción múltiple, lúcido, preciso y vigoroso, y con un clima nacional adverso a las prosperidades democrática, liberal, científica y nacionalista. Con todo, se plantaron entonces las semillas de la modernización y el nacionalismo, y algunas dieron brotes que el régimen subsiguiente, favorecido por el clima internacional, hizo crecer.

Recitamos de memoria pequeñas cápsulas de sabiduría popular, de autoría anónima, que pretenden resumir con facilidad lo que en realidad demanda esfuerzos para saberse a ciencia cierta, pero quizá sea así como funcionan los cultivos de conciencia. Decimos “lo que el viento a Juárez” para ilustrar que alguien o nosotros mismos nos mantenemos incólumes, sin detenernos en la ponderación de que, en realidad, la resistencia con la que se aferró Juárez a sus ideales para defender la soberanía e independencia nacionales y modernizar a México con sus Leyes de Reforma no fue fácil. Hay quien todavía acude a la frase “¿dónde crees que se viste Juárez?” para fardar la elegancia de alguna prenda, que parecería insólita sobre nuestros cuerpos nor-

malmente vistos en fachas, sin detenerse a considerar que el uniforme adoptado por Juárez, “su eterno frac, su cuello y su sombrero altos, de los cuales no se separó ni en el desierto, correspondían a su nueva mentalidad, a sus nuevas costumbres”, como bien lo escribió Fernando Benítez, pues agrega que “en la medida en que Benito Juárez, un hombre de leyes, se identificaba con su profesión, con las doctrinas y los métodos occidentales del partido liberal, en esa medida perdía los rasgos de su cultura original” y, por ende, concluye Benítez, “Juárez optó por cortar el cordón umbilical que lo ataba a la edad de la piedra pulimentada y prefirió dejarnos el retrato del hombre que había aspirado a ser toda su vida: el retrato del forjador de la República, del estadista moderno, del revolucionario occidental”. Mucho tendríamos que aprender entonces los mexicanos de hoy en día, a 200 años del natalicio del Benemérito, tanto por confundir como *juarismo* la exageración hipócrita del huipil como por negar equivocadamente la propia nacionalidad al portar las mismas corbatas que se anudan en otros centros financieros de Occidente. Son, por ende, confusiones de conciencia nacional las que suponen justificar derrotas, achicarse en escarnios internacionales o fallar penaltis en el fútbol con el injustificado pretexto que confunde “la honrada medianía” con la mediocridad y la falta de empeño; y pecan de confusión de conciencia los mexicanos que creen justificar la cultura de arrebatarlo todo o enderezar entuertos por cualquier vía chueca, con la equivocada idea de que las tropas al mando de Juárez y sus generales liberales derrotaron al ejército francés de pura casualidad o por mera circunstancia fortuita.

Creo que durante años se privilegiaron en México, entre historiadores y en las sobremesas de las familias llamadas de buenas conciencias, un ciego culto a los héroes y una filiación irrestricta a la liturgia cívica, de bombo y platillo, desfiles y discursos. Con el tiempo, los mexicanos que aún no llegamos al medio siglo de edad creo que profesamos una filiación histórica más crítica, y por ende quizá más honesta. Jorge Luis Borges escribió en alguno de sus perfectos párrafos que solamente quien lograba desvestir del heroísmo impuesto a los hombres de carne y hueso podría entonces descubrir la verdadera esencia de lo heroico, y a lo largo de sus muchos luminosos ensayos y enseñanzas Luis González pugnó por la debida ponderación de la llamada historia de bronce: bajar a los próceres a la verdadera estatura con la que caminaron por este mundo y, una vez vistos de carne y hueso, reconocer entonces la verdadera dimensión de su grandeza entre pares. Así lo entendió también el novelista ejemplar que fue Jorge Ibarguengoitia, cuya muerte accidental quizá nos privó de una sabrosa novela en torno a la figura de Juárez del ánimo y talante con la que escribió *Los pasos de López* en torno a la del cura Hidalgo. De igual manera, no puedo dejar sin evocar los lúcidos libros sobre nuestro pretérito sin oropeles que firmara José Fuentes Mares y, por lo mismo, mencionar que no pocos mexicanos de hoy hemos sabido digerir las glorias y desgracias de nuestra historia con una serenidad que no necesita recurrir al civismo obligatorio, a las verdades romantizadas en versos o a las mentiras acomodadas según los climas dictados por el poder público en turno.

Creo que así como podemos hoy, a dos siglos de su natalicio, celebrar las numerosas grandezas de Benito Juárez, también podemos mirar por el rasero crítico de lo mucho que ahora sabemos, lo que antes ni se hablaba —más allá del Hemiciclo en mármol, la maquillada fisonomía que presenta en los modernos billetes o la memorización de los himnos que nos hacían marchar en la primaria. Así como se mantiene intocable la gratitud de conciencia ante la defensa del territorio contra el invasor napoleónico, así también no es posible obviar ahora párrafos que ponen en tela de juicio la leyenda immaculada de Juárez. En tanto se aclaren las ínfulas e intenciones que tanto encono desataron entre los aspirantes a la Presidencia de la República en las elecciones de 2006 y ante los repetidos fervores por honrar y glorificar la figura legendaria de Benito Juárez, creo recordar que en 1871 el llamado Benemérito realizó maniobras dudosas con la Cámara de Diputados para reformar el sistema electoral en su provecho, minó las prácticas electorales para propiciar su reelección y derramó un cochinerito que le garantizó la permanencia en el poder. Creo recordar algunos de los versos que le lanzó Ireneo Paz en su contra, que decían más o menos así:

¿Por qué si acaso fuiste tan patriota / estás comprando votos  
de a peseta? / ¿Para qué admites esa inmundicia / de dar  
dinero al que en tu nombre vota? / No te conmueve, di, la  
bancarrotita / ni el hambre que tu pueblo tanto aprieta? / Si no  
te enmiendas, yo sin ser profeta / te digo que saldrás a la  
picota. / Sí, san Benito, sigue ya otra ruta; / no te muestres,  
amigo, tan pirata, / mira que ya la gente no es tan bruta.

Ni tan intachable el Benito intocable, ni tan immaculados los persignados que lo condenan...

Con todo, creo pertenecer a una generación de mexicanos que ha heredado una límpida conciencia nacional, que incluye una sólida identidad y sentido de pertenencia, es decir una generación que no llega aún al medio siglo de vida y que tiene un fiel retrato de quién fue Benito Juárez. Creo que no son pocos los mexicanos de mi generación que han logrado transmitir a sus hijos, si bien no el mismo jolgorio cívico y populista, populachero y de telenovela que nos tocó en el Año de Juárez de nuestra propia infancia, sí un honesto sentimiento de admiración e, incluso, de gratitud no sólo por encarar la descarada invasión de nuestro territorio, sino por ejecutar las leyes que nos indujeron con carta cabal al concierto moderno del mundo. Creo vivir en un México que, aunque asediado por múltiples confusiones y descalabros, mantiene inamovible la raíz de su conciencia nacional; es decir, en general, la vida y obra de Benito Juárez no ha caído aún en el oprobioso olvido o en la obviedad engañosa. Hay suficiente conciencia como para augurar que no se vislumbra ni el derrocamiento de su efigie tan socorrida en la monumentalía mexicana ni su desaparición de las monedas y billetes de uso corriente. Aunque vivimos en un México cada vez más inoculado por la insana propensión a utilizar vocablos en inglés, no veo posible que caigamos en la pronunciación de *Who are Ez?* o demás banalidades irrespetuosas. A pesar de que las escuelas e incluso los nuevos gobernantes se han alejado de todo rito cívico, juegos florales de loas a los próceres, recreaciones de la batalla del Cinco de Mayo, desfiles con lluvias de confeti y arcos

triumfales, no veo que caduque ni la validez ni el interés por la Historia Patria, las biografías del pretérito y sus protagonistas, las circunstancias del pasado y la historia de nuestra de historia. En ese sentido, la historiografía de elevada calidad que ahora tenemos a la vista ya no suscribe ciegamente el culto al pasado por el pasado mismo o para justificar un presente efímero o fugaz, sino que abona a un conocimiento más amplio —de hecho, al parecer ilimitado— sobre los muchos laberintos de nuestro ayer: ahora importa indagar, escribir y publicar para que sea leído todo lo relativo a quienes no tenían voz en el pasado, todo aquello que se obviaba en las historias de afán monumental y glorioso.

Es muy probable que a doscientos años de su nacimiento los mexicanos de hoy, y en particular los que aún no llegamos al medio siglo de vida, contemplemos a Benito Pablo Juárez García con el semblante, tez y callada mirada con los que quedó retratado en las escasas fotografías en sepia que se conservan de él y ya no como el monumental icono de siete metros de estatura, piel de bronce o de mármol intocable e inalcanzable que tanto fardan sus estatuas. Creo que vivimos en un México más propenso a leer la biografía de nuestra conciencia, la vida y obra de Benito Juárez, con muchas preguntas y desengaños de por medio y ya no solamente la memorización de fechas por obligación o para ser calificados en la escuela. Consta que la discusión, herencia o crítica en torno a la cultura liberal que enarbolara Benito Juárez y los hombres de su generación, así como los ideales y políticas que ejecutaron desde el poder, no han perdido un ápice de su interés y vigencia. Consta que

el recorrido por ese pretérito resulta tan impredecible como cualquier aventura hacia el futuro y, por lo visto, igual que cualquier posible conclusión en torno a nuestro enrevesado presente. Con todo, consta que ante los ojos del México de hoy se filtra como una inesperada neblina lo que conocemos como conciencia nacional y que bien puede nombrarse Benito Juárez, así al defender nociones de nuestro territorio o reprobar el creciente imperio de los delincuentes, el siniestro ciclo vicioso de narcotraficantes o políticos corruptos; así al exhortar una vez más a la urgente necesidad de brindar educación e igualdad de oportunidades a todos los niños, salud pública a todos los ciudadanos y tantos otros renglones que demanda la gran nación que conformamos, el mosaico país de variadas formas y fórmulas, el mural policultural y multifacético, de sísmico equilibrio, difícil pero siempre ocurrente concierto, polifonía y solistas, trópico y desierto, llano y montaña, lengua española y mil otros idiomas, dialectos, climas, sabores, ritmos y colores... tal como lo supo Benito Juárez... tal como parece eso que llamamos conciencia.